

En Enrique Amorim: *La carreta*. Ed. Claridad, Buenos Aires, sf, pp. 151-158.

LA OBRA LITERARIA DE ENRIQUE AMORIM (Comentario biobibliográfico)

por Juan Carlos Welker

Alguien que, en nuestras letras, representa todo un valor en materia de narración, es un joven escritor, radicado casi siempre en la Argentina, cuando no se halla en Europa, adonde va con frecuencia, o en sus campos del Salto Uruguayo. De una fecundidad literaria extraordinaria en un hombre que apenas roza los treinta años, ha sabido Enrique Amorim hacer lo que muy pocos escritores, especialmente novelistas y cuentistas, hacen. Esto es, escribir mucho y muy bien. Si observamos a nuestro derredor veremos que difícilmente contamos con literatos de obra muy numerosa que sea buena en la totalidad de sus aspectos. Y no solo en el aspecto de la cantidad, sino en el de la variedad de temas. Pues, quien no ha visto que hay muchos literatos en cuya obra una manifestación, un espíritu, el aspecto autóctono, por ejemplo, era discreto, y que al salirse de él queriendo tratar temas ciudadanos, modernizados o humorísticos, han fracasado lamentablemente dando a conocer así la poca versatilidad, la abrumadora monotonía de su numen. Amorim ha preferido el tema campero porque lo ha sentido más y mejor. Pero en los cuentos en que ensaya nuevas fórmulas o toca temas completamente distintos a los de sus queridos campos, está a la misma sino a mayor altura literaria que en estos últimos. Su obra literaria es vasta. En 1920 publica en Buenos Aires un volumen de versos titulados "Veinte años" con un prólogo de Julio Noé y un voto del poeta argentino Fernández Moreno. Es este un libro lleno de frescura y de gracia, donde el intenso poeta revela el alto temperamento artístico de quien habría de darnos tan hermosos cuentos en tan poética y fuerte prosa. En 1923 edita en Montevideo, bajo la égida de la editorial "Pegaso", el rápidamente agotado volumen de cuentos que él titula con su gallardo apellido "Amorim". En 1925 publica en Buenos Aires la novela "Tangarupá", seguida de tres cuentos: "El pájaro negro", "Los explotadores de pantanos" y "Las quitanderas", capítulo de la novela del mismo nombre que pronto verá la luz. Este último cuento dio lugar a un curioso suceso literario. A. De Falgairolle, el conocido escritor francés, traductor de numerosas obras escritas en lengua castellana, tuvo ocasión de que Pedro Figari le prestara el libro "Tangarupá" de Amorim. Al poco tiempo publicaba, en el tomo 56 de "L'Œuvre Libre", una novela titulada "La Quitandera". Registró el título. Amorim lo acusó en "L'Intransigeant", en "Comedia", en "Candide". El escritor Falgairolle contestó en "Chicago Tribune", en "New York Herald". Pero [había] caído en la trampa; pues el sentido que daba Amorim a la palabra "quitanderas" era inédito: quitanderas no significa prostitutas ambulantes. Él leyó el capítulo, vio, además, la exposición que hizo Figari, única y exclusivamente de quitanderas, inspirado en la narración de Amorim, y creyó que éstas eran una casi

institución nacional como “les Gauchós”. Creo que es el primer caso de un escritor sudamericano plagiado por un francés. Pero cabe suponer esto: ¿Cayó Falgairolle en la trampa, o solo buscó producir un escándalo lucrativo? Lo cierto es que la pintoresca novela del francés alcanzó un éxito de librería realmente fabuloso!...

Otro de los cuentos incluidos en este volumen, el titulado “Los explotadores de pantanos”, es admirable y fuerte. Uno de los mejores. Este cuento es de una intensidad subjetiva tal, que por momentos transporta al cerebro a la misma región irreal donde otras veces ha sido llevado por las alucinaciones de un febriciente cuento de Andreieff. Hay en él, para explicar el parangón, la misma realización subjetiva de un relato basado en elementos puramente objetivos y explicables. Es la misma impresión de transposición de realidades a imágenes del sueño que se siente al leer la obra inquietante del gran ruso. Es todo eso que hace de un episodio real, no su crónica exacta, sino su reflejo interior y que extrae de lo puramente episódico lo puramente anímico.

En 1926 publica, también en Buenos Aires, el libro de cuentos “Horizontes y Bocacalles”. Este libro es de la ciudad y del campo. Tal vez lo mejor del libro, en el aspecto campero de éste, sea el cuento titulado “Saucedo” que es el que comienza la serie. A dicho cuento le dedicó Sanín Cano un artículo entero de elogio en “La Nación”, de Buenos Aires. Es este cuento una visión trágica de miseria campesina y es aquí donde encontramos el punto de contacto de Amorim con Panait Istrati. Lo mismo que el rumano, Amorim no necesita de retórica ni de frases despampanantes para dar una fuerte sensación de angustia. También hay en este cuento una gran sutileza de estilo. El cuento, escrito en primera persona, hace que el rancherío, que tiene un nombre como si fuera un pueblo, cuente, él mismo, la visión dantesca de su vida monótona atravesada por el escalofrío amarillo de un vuelo de langostas que se abate sobre su miseria.

En este aspecto del campo, otros de los cuentos que más se destacan en este libro son los titulados “La chueca” y “Florentina”. Cualquiera de estos dos cuentos pertenecen a esa literatura sin ubicación geográfica, que pueden llegar hasta cualquier sensibilidad y es en estos cuentos en que recordamos súbitamente a Pirandello, no el de las comedias psicológicas y de torcida trama, sino al fuerte cuentista siciliano de sus primeros tiempos. El mismo velo rojo de locura y tragedia que envuelve algunos pasajes de la obra del genial italiano, flamea sobre el cuento de Amorim “La chueca”. Todo nos hace recordar este parecido: el ambiente rústico, los agrios personajes, y la muerte que acecha y vence desde atrás de la siniestra risa de la locura; a la vez que, en “Florentina”, nos viene a la mente otro aspecto del mismo autor: la desolación pasiva y resignada de muchas tragedias que, frente a la inmensidad de la tierra y a la rudeza de la vida cotidiana, pasan desapercibidas hasta para los mismos que las sufren.

En la parte de este libro titulada “Bocacalles”, o sea la parte cuya acción se desarrolla en la ciudad, se puede observar otro aspecto igualmente interesante del joven escritor. El mejor cuento tal vez sea el que se llama “Los tubos de risa”. Es sorprendente, extraño, y su obsesor recuerdo permanece por mucho tiempo en el que lo ha leído. Un cuento de una elegancia extraordinaria es el llamado “El cuento de la Avenida Alvear” en el que todo lo finamente perverso de la aristocrática ciudad se ve sutilmente trazado. Termina el volumen un agudo relato; “Malhumor y heroísmo” que es toda una sátira a las interpretaciones erróneas y los falsos prestigios creados por los sentimientos colectivos. En él se ve trazada, con tintas humorísticas de un efecto extraordinario, la vida de una familia venida a menos, llena de pretensiones y malhumorada por las estrecheces y claudicaciones que se ve obligada a soportar. Uno de los miembros de esa familia, arriesgado por testarudez y hasta por espíritu de contradicción, muere en un incendio y se ve así convertido en el héroe civil de toda una nación. El final de este cuento merece transcribirse por encerrar en sus pocas líneas la agudeza de todo el relato: “Un vecino la felicitó por la acción de su hijo: — Puede estar contenta, señora, ha muerto como un héroe. ¿Contenta? Podía sí, estar satisfecha, pensaba, pero su hijo se iba para siempre, heroicamente, pero para siempre... Los amigos parecían alegrarse de que Pedro se fuera así... La viuda lo notaba en cada rostro. Y por momentos, ella también sentía la suerte de tener un héroe en la familia. Después, volvía a avergonzarse: pero entonces llegaba algún desconocido con el pésame-felicitación y la trastornaba. Cuando el féretro le arrancó el hijo de su casa, la señora Durañol desanudó un sollozo apretado en su garganta. A la semana del entierro, aquella mujer paseaba sus ojos orgullosos por las páginas de las revistas ilustradas donde campeaba el retrato del héroe”.

Esto sí que es humorismo, tal como lo debe conseguir un escritor que se respeta, y que no cae en payasadas ni en extravagancias para conseguir sonrisas consagratorias.

En 1928 publica “Tráfico”, notas de la ciudad. Buenos Aires vertiginosa, convulsa, atravesada de gritos, voceantes las últimas noticias en los rotativos monstruosos. Buenos Aires, elegante, adornada de sonrisas y piropos, deslumbrante de vidrieras, de avisos luminosos, estremecida de bocinas de automóviles y de rojos reflejos de crímenes pasionales. Buenos Aires, cuyos habitantes parecen siempre preocupados en alcanzar algo inimaginable, en cuyos subterráneos, autobuses, tranvías, se cruzan las opiniones sobre la situación política, o sobre las fluctuaciones de la bolsa, sobre el último partido de football, la última trompada del ídolo del boxeo, o el tiempo record marcado por un caballo en la última carrera de Palermo. Todo esto visto a través de las páginas dinámicas de este libro periodístico y rápido. Un cuento, “El último accidente”, es el que da más carácter literario con sus finas observaciones a este libro inquieto y vivaz.

Poco tiempo después, en el mismo 1928, publica "La Trampa del pajonal", libro de novelas cortas que, como "Horizontes y Bocacalles", otro de los libros de Amorim, presenta relatos de la ciudad y del campo. En los relatos "Morir" y "Relato para 1999" se presenta la manera personal de metamorfosear la realidad que en "Horizontes y Bocacalles" comenzara con "El caso del Teatro Imperial". Por ese camino Amorim ha querido hacer algo nuevo a fin de dar a su inquieto espíritu mayor expansión que la de los temas reales que lo ocupan en sus relatos de ciudad y de campo. Dentro de esta manera, creemos que el mejor sea "Morir", cuya desconcertante filosofía es fruto de un profundo y amargo conocimiento de la comedia humana. En la parte campera de este libro se destaca "La perforadora", acaso uno de sus cuentos más intensos.

En su último viaje a Europa es decir, en 1929, reimprime en París, en las ediciones de "Le livre libre", su novela "Tangarupá", esta vez sin acompañarla de los tres relatos que con ella integraban la edición anterior.

Esta novela, que puede considerarse como la más seria de Amorim, es, tal vez, la concreción de todos los frutos de su honda experiencia campera.

El campo en esta obra de Amorim se muestra tal cual es en la realidad: pobre, áspero, inmenso en su dolor, árido y seco. En este campo de Amorim, no exhibe sus floreos el pintoresco pericón ni ensayan sus gracias los gauchos dicharacheros o las chinas coquetonas y felices. Este campo es el verdadero, el rudo, sensual, supersticioso campo nuestro; sin nada que lo eleve, ni amor, ni religión, ni afán de progreso o de ideal. En este aspecto de dolor, que casi nadie ha sabido encontrarle, también Zavala Muniz y Espínola lo han contemplado. En Amorim resulta interesantísimo ver cómo él ataca directamente en su novela "Tangarupá" uno de los más tremendos problemas de nuestra campaña: el problema sexual. En el paisaje árido, sin mujeres, que pinta Amorim, la pasión sexual se vuelve en el hombre como estos juncos resecos y calcinados por el sol que, al menor contacto, se quiebran estallando con áspero ruido. Está en las páginas de "Tangarupá", toda la tragedia de esas vidas sin luz, llenas de fealdad tangible, pero no alcanzan nunca a disimular la pobreza interior, tanto más grande cuanto que no sabe hacerse del bienestar material un medio de mejorar la existencia diaria. Toda tragedia desfila por los párrafos inteligentes de esta novela de Amorim. Los episodios se siguen desarrollando hasta culminar en el final, que de tan lógico en medio de tanta tragedia, llega a parecernos absurdo. Amorim ha sabido trazar en esta novela cuadros en un realismo brutal sin que nunca pierda calidad la elegancia de su estilo. En algunos capítulos, como en el capítulo XI, de esta novela, capítulo que en la primera edición llevara el título de "La bestia del solitario", es de una fuerza de realización tan intensa, que llega a temerse por el desequilibrio del conjunto. Pero su autor salva admirablemente el obstáculo y mantiene todo en un tono de perfecta armonía. Hay momentos en que las frases candentes de sus descripciones parecen haber sido trazadas por un Zola o un Barbusse.

Últimamente, el poeta ha primado sobre el narrador, y Amorim ha reunido en un volumen, un puñado de deliciosos poemas, cuyo conjunto ha titulado "Visitas al cielo". Son poemas en que el autor afina profundamente sus dotes literarias y se nos presenta en un aspecto, sino opuesto, por lo menos distinto al del enérgico narrador de sus libros de prosa. Nunca fuera un título más significativo que el de este volumen, en que el autor se sirve de la poesía latente en su espíritu y en su obra para, en condensado vuelo, abandonar la tierra en espirituales especulaciones que le llevan muy alto. Tan alto como sus fuerzas intelectuales se lo permiten, y esto es mucho decir.

JUAN CARLOS WELKER.